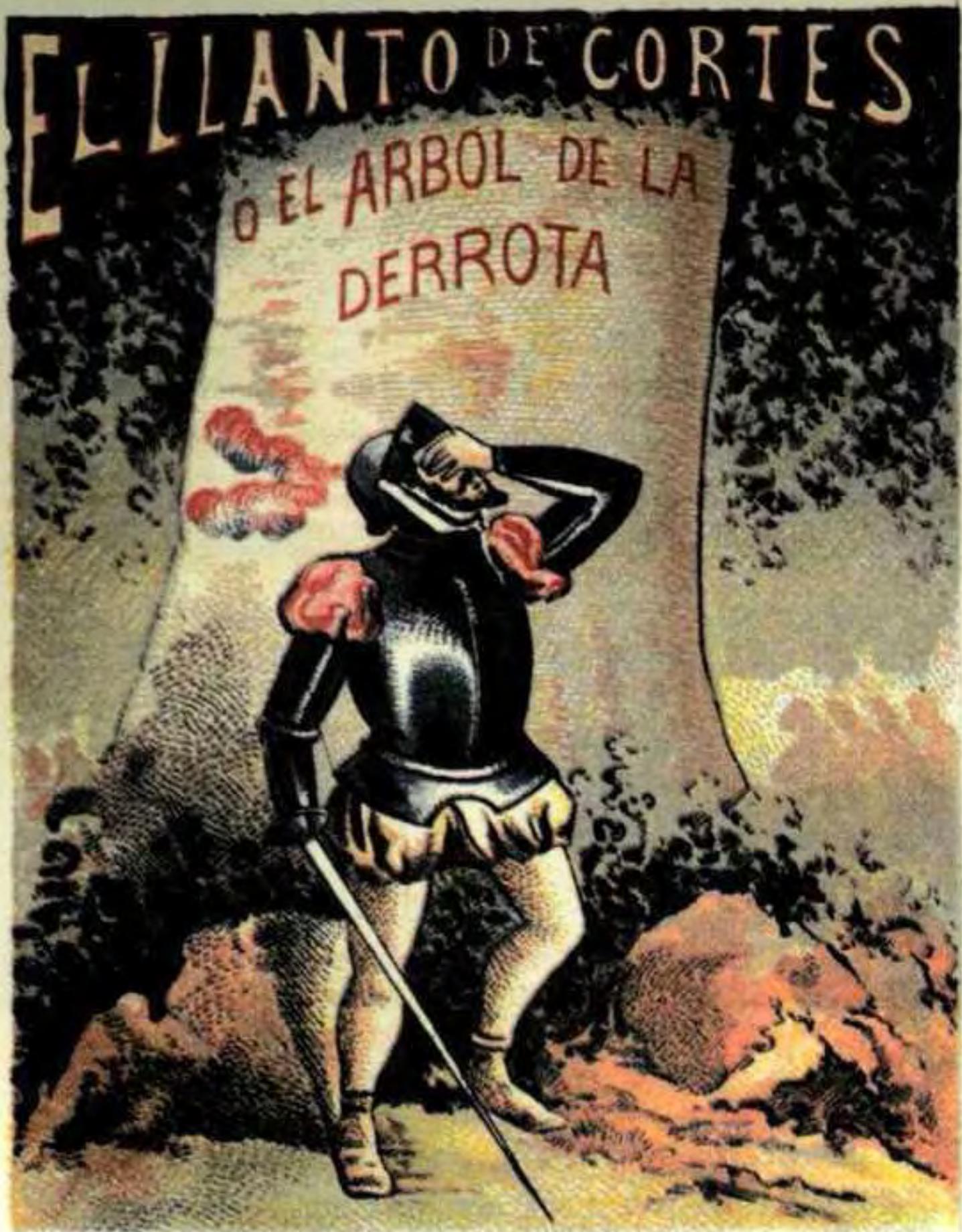


BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO



MAUCCI H<sup>OS</sup> MEXICO

# El llanto de Hernán Cortés

ó

## EL ARBOL DE LA DERROTA

POR

HERIBERTO FRIAS

---

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.

---

MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1

1900

---

---



## EL LLANTO DE HERNÁN CORTÉS

---

---

¡Qué hermosas son, amigos míos, las glorias nacionales que se refieren á nuestra antigüedad! ¡Cuán pintorescas y dignas de admirarse las páginas donde se encuentran las relaciones de los tremendos acontecimientos, cuando los pueblos combaten con los pueblos, cuando hay batallas terribles y crímenes inauditos, y entre fragor de luchas y gritos, siglo tras siglo, se van alzando las ciudades nuevas con sus templos y sus palacios en medio de cánticos guerreros y de aclamaciones de los sacerdotes en los *teocallis* ensangrentados...

¡Cuán dignos de conocerse son esos acontecimientos de la historia antigua de nuestra patria, de nuestra adorada patria mexicana!...

¡Escuchad, amiguitos lectores, niños mexicanos, el himno del patriotismo de las antiguas aztecas...

¡Oh! sí... detengámonos un instante en nues-

tras narraciones de hermosas fantasías, en que se ven los combates y los triunfos de españoles contra aztecas, ó de los valientes aztecas contra los españoles, henchi los todos de cólera, dispuestos á la muerte...

Venid amigos, amiguitos míos, á escuchar el relato que hizo un anciano *tlaxcalteca*, de todo lo que pasó en las últimas horas de lo que llamaron los mismos españoles la fatídica *noche triste*...

¡Vais á oír la epopeya del fin de la noche triste!

¡Es una historia que no debéis olvidar nunca, amiguitos, por el resplandor de aquellas hogueras mexicanas, tan rojas y anegadas en vapores de sangre, que parecen hechas por el mismo infierno!

¡Era la desesperación de los caudillos mexicanos, estallando como erupción de comprimido volcán, inundando de repente la ciudad, los canales, las calzadas, los lagos y el mismo ennegrecido valle!...

En aquella última noche de Junio, cuando los españoles se encontraban sitiados en su mismo cuartel, *Palacio de Axayacatl*, en aquella misma noche, el pueblo *azteca* se sublevó, arrolló á las huestes de los blancos, mientras abandonaban el justo castigo, el cadáver del antiguo emperador *Moctezuma*...! ¡Oh! En aquella misma noche, la indignación del pueblo mexicano inundó por fin

á los extranjeros conquistadores, guiados por la voz tremebunda del heroico y poderoso adalid de la libertad y del honor mexicano: *Cuauhtemotzin!*

¡Cuánta lóbreguez en Tenochtitlán! La lluvia empapa los antiguos *teocallis*, los palacios aún en pie, los escombros de las casas y allá muy cerca de la misma mansión regia de lo que fuera el palacio de *Axayacatl*, veíanse sombrías y derrumbadas las macisas paredes del soberbio *Calme-cac*... ¡Oh, sí, de aquel *Calmecac* que era el Colegio de la juventud del imperio, el templo de las jóvenes águilas *aztecas*, allí donde se les enseñaba el arte de la guerra!...

¡Oh, tristísima noche! Memorable para siempre, ¿no es verdad? si se considera que el ejército de Hernán Cortés se había retirado vergonzosamente del palacio de Moctezuma, y del mismo palacio de *Axayacatl!*

¡Qué fuga tan lamentable la de los dos mil españoles y los ocho mil *tlaxcaltecas*, envueltos en las tinieblas, bajo la lluvia glacial, rompiendo por entre puentes y calzadas... desafiando, sin ánimo todas las contrariedades de la fortuna!... ¡Noche terrible, noche triste fué aquella!

Ahora, lectorcitos, <sup>\* \* \*</sup> después de haberos expresado que todo era cólera y desaliento entre los es-

pañoles, maldiciendo de las crueldades que había tenido Alvarado con los mexicanos, asesinándolos á montones dentro del templo, sin perdonar á ninguno; después de que Hernán intentó tomar el *Teocalli* á sangre y fuego, sin lograrlo... oh, sí, ahora,



después de haber reunido su ejército con el de Narváez, emprende mohino la retirada, la fuga de México. Ahora debo trasladar aquí las frases del anciano *tlaxcalteca* quien como ya os dije, estuvo en la siniestra retirada del ejército cuando huía de Tenochtitlán, huyendo en silencio, entre

la lluvia y las sombras, en aquella *noche triste*...

¡Oid, pues, amiguitos; oid, pues, lo que dejó escrito el viejo cronista tlaxcalteca quien rindió culto á la verdad, honrando al valor de los mexicanos!...

Qué valiente, qué sin igual estaba el joven *Tlalcaticutl* el *Tecuhtli Cuauhquemoc* allá entre las espesuras de los *ahuehuetls*, corriendo con saltos de tigre por las calzadas, animando á los escuadrones de *méxicas* para que se precipitaran con sus macanas, gritando á los arqueros y á las jóvenes que llevaban hondas... Oh, qué brava y ágil, qué mágica y espléndida estaba el águila!... Gritaba, en las tinieblas:

—¡Sobre ellos, sobre ellos, á cortarles las calzadas, á destruir los puentes, á caer sobre ellos, amigos míos, valientes aztecas... ¡Sobre ellos, sobre ellos!... ¡Disparad, flecheros! ¡Allá, allá los hombres de las macanas, id sobre los enemigos que huyen después de haber afrentado nuestros palacios y de haberse burlado de lo más sagrado! ¡*Alautl, Alautl, Alautl!* gritaba el guerrero.

Al lanzar estas frases Cuauhquemoc, las masas de hombres que se habían levantado de todos los puntos de la ciudad para cerrar la salida de los españoles, las compactas tropas de *aztecas*, *xochimilcas*, *colhuas* y *tepauecas*, se precipitaban furiosas sobre la calzada en la que iban los restos del ejército de Cortés... Pobre y desmembrado

ejército, antes tan potente y victorioso, y pronto tan hecho pedazos por las huestes de los hijos de la noble raza *náhuatl*...

Yo el triste anciano que se acurruca en sus recuerdos lanzo al mundo y á la vida de la contemplación eterna el heroísmo de *Cuauhtemocxín* y de *Cuillahuac*, hermano de Moctezuma, quienes animaron el valor de las masas en contra de los asesinos de la patria... La lluvia caía tristemente, las tinieblas eran densas; era grande el silencio de la ciudad cuando el caudillo blanco fué saliendo, saliendo lentamente; llegaron los caballos monstruosos, y luego los cañones tirados por mis compañeros... ay, *tlaxcaltecas*, engañados por Hernán, y después los carros de muerte y los miles de hombres cargando los tesoros... hasta que venía al fin el sombrío Alvarado, el siniestro *Tonatinh*, ¡el Sol! el execrado caudillo del rostro blanco y rubicundo, de barba y cabellos de oro... Oh, ejército, ¡cuán vergonzosamente salías bajo la lluvia y en las tinieblas para que los mexicanos no te sintieran! Ah, *caudillo águila*... Yo mismo te ví lanzarte á saltos de tigre sobre los caballos donde se erguían los enemigos blancos... yo mismo te ví arrancar de súbito la lanza del jinete más audaz de los conquistadores, la misma lanza del indómito Lares, á quien heriste de muerte con tu larga y fina macana al mismo tiempo que su caballo rodaba al fondo de una zanja...

Y que bien recuerda el que fué traidor inconsciente á su raza, este anciano que os habla ahora después de muchos, muchos años de esclavitud y destierro, que bien recuerda el pánico de los mil quinientos españoles y de los ocho mil indios, cuando surgió el tremendo son del *Teohuelmetl* de tumpo, dando el toque de alarma, y luego los otros *hueluetls* de los demás *teocallis*, multiplicándose y llamando en un solo á todos los habitantes hombres de Tenochtitlán... Aun no se extinguían sus últimos ecos cuando ya las masas caían sobre la coraza de hierro de Hernán. Retumbaron los roncós y espantosos caracoles de guerra... Y sobre todo aquel súbito y colosal estruendo, la voz alta del indómito Cuauhtemoc clamaba:

— ¡Sús, Sús!... Sobre ellos... Disparad, flecheros; valientes de los hondas, firmes contra las cabezas... derribad sus cascos... Venid conmigo los de los *chimallis*, los de los fuertes y magnos escudos, los de las mazas fuertes y los de las *macanas* temibles... oh, venid. Allá, allá... Ahogad esos monstruos, esos venados gigantes... al agua los monstruos de hierro... Recordad á nuestros padres gloriosos: *Acamapitxón*, *Moctezuma*, *Hhuicamina*, *Ixcoatl* y *Axayacatl*... *Alaútl*, *alaútl!*

Y la refriega era espantosa. Tronaban los monstruos de los terribles extranjeros, gritaban con

furia los combatientes, blasfemaban los heridos; rugían los capitanes, relinchaban los corceles, ladraban los feroces perros y era todo un diluvio de alaridos, ayes, quejas imprecaciones y retumbes de espantosos truenos... A veces los relámpagos iluminaban á los que rodaban en montones en las zanjas, caballos, perros, cañones y hombres. ¡Qué infierno!

Los aztecas desde las orillas de la calzada, en sus canoas, disparaban sus flechas contra los españoles; otros escuadrones les asaltaban al frente, llegando de súbito entre las sombras... caían con sus *macanas* y sus mazas, y luego se dispersaban yendo á ocupar las canoas... Y en las cortaduras de las mismas calzadas, los hombres se derrumbaban... los de atrás empujaban á los de delante, y hasta que los fosos se llenaban de cadáveres no podían pasar los de retaguardia!

¡Horror inaudito!... ¡Y como sucumbían mis hermanos, mis compañeros *tlaxcaltecas*, desnudos y tristes, sin tener abrigo contra la lluvia inclemente, ni defensa contra las armas de los irridos mexicanos! ¡Pobres *tlaxcaltecas*, caían á montones, y eran ellos los que mas llenaban las zanjas y las acequias!... ¡Tras una tempestad de piedras, flechas y agua sobre la matanza tenebrosa, sobre la carnicería en las tinieblas!...

*Tonatinh* ó sea Alvarado dejó muerto su caballo, y descalzo, á pie, ensangrentado, corriendo

como podía, perseguido por coléricos aztecas, se encontró con que un canal sin puente le cerraba el paso... ¿Qué hacer?... ¿Qué hacer?

¿Caería en manos de los furiosos enemigos?

¿Se arrojaría al cieno del profundo zanjón que era un abismo?...

¡Y era ya el último de los fugitivos que se dirigían en salvo, siguiendo más allá de la calzada de *Tlacopan!*... ¿Qué hacer?...

¡Todo se había perdido!... Había visto derribados en el fango, en las aguas negras de la laguna los grandiosos tesoros que llevaba Cortés!... ¡la yegua en que iba todo el oro estaba muerta, degollada!

¡Y los cofres de las riquezas del capitán habían sido arrebatados por los valientes de Cuauhtemotzin!... ¡Y á este mismo, Alvarado lo había visto acorazado en su tremenda armadura de águila, esgrimiendo larguísima macana, llevando un caracol tremendo con el que daba sones formidables y lúgubres como toques de muerte, dándose á conocer en las tinieblas de la noche, cual poderosa y verdadera águila que dirigiese una batalla nocturna!...

...Ante tales peligros Alvarado, lívido de pavor, viendo llegar á él un caballero tigre, plantó su lanza en medio del canal y dándose vuelo saltó apoyando sus dos brazos en ella, hasta llegar á la orilla opuesta, donde le esperaba un soldado blan-

co, á caballo... Subió sobre sus ancas... y partieron por la calzada .. ¡Miles de flechas, silbaron sobre ellos!... y algunas los hirieron... ¡Huellas de sangre, armas rotas, tesoros, heridos y cadáveres, cadáveres de españoles, de *tlaxcaltecas*, de



caballos y de perros bravíos, huellas siniestras del exterminio se mezclaron al fango húmedo de la calzada que atraviesa á la laguna entre Tenochtitlan y Tlacopan... bajo una lluvia eterna... Y más allá, en espantoso desorden al abatido y despedazado harapo del ejército español, seguía empujado

por el huracán de la derrota, corriendo, escapando, fugitivo hacia cualquier punto de salvación en aquella Noche desventurada y tristísima!...

¡Allí mismo, yo, miserable esclavo entonces, allí mismo ví la desesperación con que Cortés defendía su estandarte, sus tesoros y sus mujeres en un instante en que *Cuauhtemoc*, saltando de una canoa, se adelantó por la calzada, vestido con su armadura de águila, esgrimiendo la macana del mismo *Axayacatl* que era larguísima, felosa y pesada... ¡Oh!... miré acercarse á Hernán... gritando en lengua mexicana!

— ¡Ven, ven por fin, caudillo del rostro blanco!... baja de tu monstruoso venado... deja los hocicos de bronce que escupen fuego... y acércate solo á mí... y tú con tu estrecha y larga fina macana... y yo con la to-camiá que manejó un grandioso abuelo, emperador del *Anahuac*, combatiremos hasta morir... ¡Tú eres fuerte, ágil y vestido de hierro!... yo soy un aguilucho... ¡Ven que quiero llevar tu corazón á *Huitzilopuchtlí*!...

Una descarga de arcabuces derribó á los compañeros de *Cuauhtemoc*, y este, con inaudita cólera gritó aplastando con su macana á un *rodlero* español que le quería atravesar el pecho con su tizona: ¡Ah! *Malitzin, Malitzin*, algún día nos veremos!...

La derrota fué siniestra... el ejército del bata-

llador del rostro blanco había quedado hecho pedazos aquella Noche... Los relámpagos seguían iluminando la calzada de Tacuba sembrando de cadáveres y despojos, de sangre y armas... Las aguas de la laguna por donde se deslizaban las



canoas de los mexicanos acribillando y destrozando mas á los grupos que corrían buscando refugio, aparecían tintas en sangre...

Allá á lo lejos, entre lagos tranquilos y bosquecillos intrincados que se extendían á uno y otro lado de la calzada, alzábase magestuosísimo, alto

y solemne *ahuehuatl*... su follaje espeso formaba inmensa bóveda, como la de una capilla rumorosa y negra... ¡Sagrados velos perfumados con los aromas de la Naturaleza virginal en plena noche, cubrían el interior de aquel santuario erguido como isla de Asilo, cerca del largo y negro campo de la matanza!...

¡Relinchos y aullidos se mezclaban á los ayes y á las imprecaciones... y más allá escuchábanse los gritos de los aztecas que perseguían á los últimos conquistadores de la retaguardia...

Muerto su caballo, espada en mano, á pie se dirigió Hernán Cortés hacia el frondoso *ahuehuatl*, hundiéndose en el agua hasta media pierna... Al fin llegó, jadeante, abatido y abrumado... manando sudor y sangre; rota la coraza, abollado el casco, salpicado de lodo... sin ánimo ya, sin voluntad alguna, mirando como un sonámbulo trágico toda la enormidad de su derrota...

¡Ah!... él... él que soñaba haberse adueñado de un mundo, ¡el que creía tener en sus manos un imperio!... ¡Y en aquella siniestra noche todo se le escapaba! ¡Maldita estrella!... Y al contemplar á la luz de un relámpago lejano, los restos ensangrentados de su ejército, no pudo contener un sollozo de dolor y rabia, de desesperación y angustia, en tanto que dos gruesas lágrimas rodaron por sus tostadas mejillas de audaz conquistador aventurero...

Entonces pasó una gran ráfaga de viento húmedo y los ramajes del ahuehuatl parecieron gemir también, melancólicamente .. Y desde lejos, siguiendo al que entonces era mi amo, pude comprender que ya no esperaba sino la muerte...»



Hasta aquí, amiguitos, termina la relación del anciano *tlaxcalteca*, habiendo traducido sus palabras á nuestra moderna lengua... Pero, ¿no es verdad que pinta en todo su horror todo lo que fué el final de aquella «*Noche Triste*»?...

Algunos días después, el incansable Hernán llegaba, tras de combates y batallas contra los pueblos que le salieron al encuentro, á la capital de la fuerte República de Tlaxcala, eterna y terrible rival y enemiga de México.

En Tlaxcala el capitán conquistador iba á formar con los pobres restos de su ejército, otro nuevo, más poderoso y terrible, arrastrando contra México todos los pueblos del *Anahuac* tomando venganza y ruina contra aquellos valientes que tan pronto le arrancaron el orgullo de una conquista maravillosa que ya habíase creído segura...

. . . . .

¡Oh! *Tenochtitlán*... todos los odios, la acumulación de todos los elementos de venganza en tu contra... las semillas de tu crímenes, arrojados en extranjeras tierras, iban á fructificar, estallando contra tí en el mismo instante marcado por la Providencia en el libro del Destino!...

¡Y qué pronto iba á ser ese instante!... ¡El imperio mexicano se iba á hundir para siempre!

FIN